APENDICE

SOBRE LA

POESIA EPICA ESPAÑOLA.

España, que tuvo la gloria de dar el ser á los dos épicos latinos mas famosos despues de Virgilio, cómo fueron Lucano y Silio Itálico, produjo no mas tarde que á fines del siglo duodécimo un poeta tan atrevido que osó componer en lengua vulgar una especie de *epopeya*, para eternizar la fama del Cid. Con cuya ocasion es de notar, como nuevo testimonio de lo que influye en la literatura de las naciones el espíritu del siglo, que de la primera época de la poesía castellana no han llegado á nuestra noticia sino poesías devotas, como las de Berceo, ó poemas en elogio de esclarecidas hazañas, como el citado del Cid, el de Alejandro y el del conde Fernan Gonzalez; pero no menos estos que los que despues se compusieron, en era poco mas adelantada, no pueden servir sino como objetos de curiosidad y de estudio, para observar los primeros pasos del arte; mas no como modelos dignos de

presentarse á la imitacion : ¿ni qué pudiera esperarse de frutos tan anticipados, nacidos fuera de sazon en terreno inculto y en la estacion menos favorable? Cabalmente un buen *poema épico* es tal vez la obra mas difícil á que pueda aspirar el ingenio humano; y los que acometian tamaña empresa, en aquellos siglos de ignorancia y atraso, no solo carecian de los materiales oportunos, sino hasta de los instrumentos mas necesarios : la poesía, la versificacion, hasta la lengua misma se resentian de su infancia.

En el siglo décimosexto, por el contrario, todo parecia brindarse á que España produjese algunas obras de esta clase, que aumentasen la gloria de su floreciente literatura : lengua rica, sonora y magestuosa como la que mas; versificacion á propósito y manejada con facilidad y maestría; poetas dotados de viva imaginacion y de ardiente entusiasmo; el carácter nacional inclinado á lo grande y maravilloso; las circunstancias de aquella época elevando hasta lo sumo la gloria de España, y ofreciendo hechos tan extraordinarios cual jamas se habian presentado á los hombres; todo en fin parecia reunirse para que nuestra nacion alcanzase, ó disputase por lo menos á otras la palma en la *epopeya*; y sin embargo, forzoso es confesar que en este punto no puede competir con ventaja. Y no porque hayan faltado ingenios que con denuedo lo intentasen; sino porque desgraciadamente, aunque dotados algunos de excelentes prendas, no han reunido todas las que se necesitan para una obra maestra de esta clase, y han sobresalido mas en las bellezas particulares que en el arreglo y disposicion del plan. En el espacio de menos de un siglo contó España muchos *poemas épicos*, entre los cuales ocu-

pan lugar preeminente la *Araucana* de Ercilla y el *Bernardo* de Balbuena, siguiéndose luego otro gran número, como la *Austríada* de Rufo, la *Conquista de la Bética* de Juan de la Cueva, el *Monserrate* de Virues, la *Jerusalen conquistada* de Lope de Vega, y otros varios, mas ó menos defectuosos; pero entre todos ellos he preferido la *Araucana* para presentar mis observaciones, porque pasa comunmente por el mejor, y es el mas conocido de naturales y extrangeros.

La *Araucana* ha tenido la suerte de haber sido juzgada unas veces con sobrada indulgencia, y otras con destemplada severidad: el autor de la *Henríada* tuvo razon en casi todos los defectos que notó en la obra española; pero al ver lo poco que celebra sus bellezas, casi se ocurre la duda de si tendria ó no cabal conocimiento de aquel poema; duda que sube de punto al oirle afirmar desatentadamente: « que si es cierto que Ercilla se muestra en un solo pasage superior á Homero, es en todo lo demas inferior al mínimo de los poetas. » Para apreciar esta calificacion bastará, si no me engaño, el juicio imparcial que paso á exponer acerca de dicho poema.

Tiene este por argumento la reduccion de la provincia de Arauco, sublevada contra la reciente dominacion de los Españoles; asunto que en cambio de una ú otra ventaja, presentaba de suyo tales inconvenientes que era imposible superarlos. No basta que una empresa sea difícil y costosa; es necesario ademas que ostente cierta grandeza, digna de la *epopeya*; y la reconquista de un corto distrito del reino de Chile no podia elevarse á la altura de la ruina de Troya, de la fundacion del Imperio Romano, ni de otros argumentos de tamaña importancia. Presentaba,

es cierto, grande novedad y extrañeza, por pintar paises singulares y desconocidos, prestándose así á cierta especie de realce maravilloso, que agrada mucho en el poema de Ercilla; pero no alcanzan esas cualidades á encubrir aquella falta capital.

Los que mas se han aventajado en esta clase de composiciones han procurado sagazmente que el asunto interese y lisonjee á su propia nacion; pero si Ercilla lo intentó así, puesto que iba en ello hasta su misma gloria, no anduvo muy acertado para conseguirlo. Por parte de los Españoles no aparecen en todo el poema sino dos cualidades loables, el valor en los combates y la constancia en los trabajos; pero deslustradas ambas prendas, tan propias del carácter de la nacion, con la avaricia y la crueldad, pintadas por el poeta con el color mas negro. Por el contrario, todo lo noble, todo lo heróico y extraordinario está de parte de los Araucanos: así es que naturalmente resulta un efecto contrario al que debia procurar el autor, y el interes del público acompaña al partido vencido. A fuerza de querer Ercilla ensalzarlo, para que se muestre mas difícil el triunfo, ha oscurecido de tal suerte á los Españoles, que solo aparecen como una sombra empleada para que resalten las figuras de sus enemigos: estos estan retratados de mano maestra; los vencedores apenas bosquejados.

De este defecto ha nacido otro; y es que Ercilla no ha presentado ningun caudillo ó héroe sobresaliente, que llame á sí la atencion principal y atraiga la admiracion; cosa tan necesaria en un *poema épico*, cual lo es en la escultura no presentar un cuerpo sin cabeza. Mas en la *Araucana* no hay un solo Español que se distinga siquiera lo bastante para que nos quede su

nombre en la memoria; y tal vez el héroe principal del poema (si es que hay alguno) es Caupolican, gefe de los Araucanos, el cual como acaba su vida en un suplicio atroz y afrentoso, deja en el ánimo una impresion dolorosa y amarga, mas propia de la tragedia que de la *epopeya*.

Aunque esta última no requiera por su mayor extension una *unidad de accion* tan limitada y estrecha como la primera, no por eso puede prescindir de ese principio fundamental; no bastando para observarle que se reduzca un poema á referir los acontecimientos de una guerra, como lo hizo Ercilla, pareciendo mas bien historiador que poeta. Este debe amoldar los sucesos verdaderos á su plan general, adornarlos, inventar cosas verosímiles, y presentar un total completo y agradable; pero desde luego que se oye decir á Ercilla en el canto duodécimo:

Va la verdad desnuda de artificio,
Para que mas segura pasar pueda....

y expresar despues en el décimoquinto:

Quíselo aqui dejar, considerando
Ser escritura larga y trabajosa,
Por ir á la verdad tan arrimado,
Y haber de tratar siempre de una cosa....

no se extraña el mal camino que tomó de referir paso á paso los trances de aquella guerra, deteniéndose en todo, no omitiendo circunstancia que pudiese comprobar la verdad de los hechos, y descendiendo alguna vez hasta á expresar el dia de la fecha. Asi le sucedió que, en lugar de formar antes en su mente un plan completo y redondeado, fue escribiendo los sucesos que presenciaba, formando una relacion mas

bien que un poema; y cuando luego sus desgracias particulares le alejaron del teatro de la guerra, y despues su *miseria suma* (como dice al final aquel gran ingenio) le quitó la pluma de la mano, dejó alli interrumpida su historia, que concluyó luego desacertadamente D. Diego Santisteban y Osorio.

Sabido es que Ercilla sirvió en aquella expedicion, manejando, segun su frase misma, ora la espada y ora la pluma; siendo testigo ocular tan exacto, que pudo decir en el canto duodécimo:

> Pisada en esta tierra no han pisado
> Que no haya por mis pies sido medida,
> Golpe ni cuchillada no se ha dado
> Que no diga de quien es la herida....

Esta circunstancia, tan honrosa para Ercilla, ha procurado á su poema bastantes ventajas en la ejecucion, pero ocasionado mucho daño en el plan: habiendo nacido Homero bastante tiempo despues de la guerra de Troya, recogió los hechos y fábulas que andaban esparcidos, y entresacando de aquel fondo lo que creyó á propósito, formó el plan de su *Ilíada;* pero Ercilla tiene los defectos de un testigo presencial, y ademas los de una persona que toma sumo interes en una cosa á que ha concurrido: atiende á los pormenores mas pequeños, teme omitir la cosa mas leve, y no cuida del efecto general que debiera producir su obra.

Tambien se mostró poco cuerdo, olvidando que el *poema épico* es de suyo narrativo, y no consiente que se distraiga el poeta con disertaciones; ni que detenga á los lectores con largas y prolijas moralidades, como lo hace Ercilla al principio de sus cantos,

y de un modo insufrible en el último, en que se interna á tratar sobre si la guerra es de derecho de gentes, sobre si hay algun caso en que sea lícito el desafío, sobre los derechos de Felipe II á la corona de Portugal, etc. Este último canto es un pegadizo inoportuno, que ninguna relacion tiene con el asunto principal, y que mas parece memorial de un desdichado que parte de un poema.

Conoció Ercilla que su argumento pecaba por demasiado uniforme; y asi dijo en el canto vigésimo:

¿Todo ha de ser batallas y asperezas,
Discordia, sangre, fuego, enemistades,
Odios, rencores, sañas y bravezas,
Desatino, furor, temeridades,
Rabias, iras, venganzas y fierezas,
Muertes, destrozos, riñas, crüeldades;
Que al mismo Marte ya pondrian hastío,
Agotando un caudal mayor que el mio?

Por huir el poeta de este inconveniente, tentó por algunos medios hacer vario y ameno su asunto; pero las mas veces sin tino: casi todos los episodios estan mal enlazados con la accion principal. Es bello y oportuno, por ejemplo, el de Tegualda, á quien encuentran buscando en un campo de batalla el cadáver de su esposo; pero difícilmente se puede conceder al autor que inserte en su obra la descripcion de la batalla de Lepanto y del asalto de San Quintin, que no tienen mas conexion con la reconquista de Arauco que el ser tambien hazañas de Españoles y de la misma época; y cierto se le debe condenar por haber empleado largo espacio en hacer la descripcion geográfica de la tierra, y por haber malgastado casi dos

cantos en volver al cabo de tantos siglos por la honra mancillada de Dido.

Tales son los defectos que en su invencion y plan presenta el poema de Ercilla; y por lo tocante á la ejecucion, son tres las faltas mas reparables que en él se notan: la primera es la prolijidad en que á veces incurre, dañándose por su propia abundancia; la segunda, la falta de nobleza en que frecuentemente cae el estilo, admitiendo á veces frases y palabras, no solo indignas de la *epopeya*, sino hasta de la poesía menos elevada y aun de la prosa culta; y la tercera, el desaliño que suele notarse en la versificacion, la cual á fuerza de ser portentosamente fácil (como se colige al recordar el modo con que escribia el autor su poema) llega muchas veces á rayar en descuidada y prosaica.

Si tantas y tan graves son las faltas que deslucen ese poema, ¿cómo ha podido adquirir tanta celebridad, ser siempre leido con deleite por los Españoles, y pasar entre los extrangeros por el mejor que podamos presentarles? Porque realmente tiene en su abono muchas y singulares bellezas, que procuraré indicar en contraposicion de sus defectos; siendo tanto mas de creer mis elogios, cuanto no he tratado de negar ni de disminuir las imperfecciones.

El autor de la *Henríada* ha dicho con razon que el discurso de Colocolo, en el canto 2°. de la *Araucana*, encaminado á templar la desavenencia de los caciques, es superior al que Homero pone en boca de Néstor, en la junta de reyes y con un fin semejante; pero lo que el poeta frances no dijo, y sin embargo me parece cierto, es que en toda la parte relativa á *discursos* se aventaja Ercilla á Homero, y dudo que

reconozca igual. En el poema griego rara vez hablan los caudillos sin digresiones inútiles, sin cosas impertinentes que disminuyen la energía del razonamiento; en el de Ercilla, por el contrario, cada uno habla solo lo que conviene, y expresándose del modo mas vehemente y persuasivo. Y nótese bien que esta parte de la *epopeya* es tan importante, cuanto que contribuye principalmente á darle aquel interes dramático justamente celebrado por Aristóteles; porque causa una variedad agradable en el curso narrativo del poema, presentando á los héroes hablando y obrando por sí, en vez de mostrarse el poeta. Voltaire ha insertado el discurso que tanto elogia; pero lo singular es que lejos de que Ercilla agotase en él su talento, no temió presentar en otras dos ocasiones la necesidad de que el mismo anciano templase los ánimos airados; y puso en su boca tres discursos á cual mas bello. (CANTOS II, — VIII — y VI.)

Colocolo habla siempre en la *Araucana* cual conviene á un viejo experimentado y prudente; pues Ercilla hace hablar á cada persona el lenguaje mas propio; y lejos de incurrir en frialdad ó declamacion, sus discursos pueden servir de ejemplar por su nervio y elocuencia. Un mancebo araucano, criado en el campo español, se halla en el primer reencuentro, ve huir á los suyos, y se siente inflamado por el amor de la patria: antes de arrojarse al combate, excita asi el valor de los fugitivos:

« O ciega gente, del temor guiada,
¿A dó volveis los generosos pechos,
Que la fama en mil años alcanzada
Aqui perece y todos vuestros hechos?
La fuerza pierden hoy, jamas violada,

Vuestras leyes, los fueros y derechos;
De señores, de libres, de temidos,
Quedais siervos, sujetos y abatidos.
Manchais la clara estirpe y descendencia,
Y engeris en el tronco generoso
Una incurable plaga, una dolencia,
Un deshonor perpetuo ignominioso:
Mirad de los contrarios la impotencia,
La falta del aliento y el fogoso
Latir de los caballos, las hijadas
Llenas de sangre y en sudor bañadas.
No os desnudeis del hábito y costumbre
Que de nuestros abuelos mantenemos,
Ni el araucano nombre de la cumbre
A estado tan infame derribemos;
Huid el grave hierro y servidumbre;
Al duro hierro osado pecho demos;
¿Porqué mostrais espaldas esforzadas
Que son de los peligros reservadas?
Fijad esto que digo en la memoria,
Que el ciego y torpe miedo os va turbando;
Dejad de vos al mundo eterna historia,
Vuestra sujeta patria libertando:
Volved, no rehuseis tan gran victoria,
Que os está el hado próspero llamando;
A lo menos firmad el pie ligero
A ver como en defensa vuestra muero.»

(CANTO III.)

Otro Indio, hecho prisionero por los Españoles, y condenado á sufrir que le corten las manos, muestra serenidad en tan terrible trance:

Y con desden y menosprecio de ello,
Alargó la cabeza y tendió el cuello.
Diciendo asi: «Segad esa garganta
Siempre sedienta de la sangre vuestra,

Que no temo la muerte ni me espanta
Vuestra amenaza y rigurosa muestra;
Y la importancia y pérdida no es tanta
Que haga falta mi cortada diestra;
Pues quedan otras muchas esforzadas
Que saben manejar bien las espadas.
Y si pensais sacar algun provecho
De no llegar mi vida al fin postrero,
Aqui pues moriré á vuestro despecho;
Que si quereis que viva, yo no quiero:
Al fin iré algun tanto satisfecho
De que á vuestro pesar alegre muero;
Que quiero con mi muerte desplaceros,
Pues solo en eso puedo ya ofenderos. »

(CANTO XXII.)

afrenta, el dolor, la venganza, encienden el ánide ese infeliz; y al presentarse en la junta de Ins, mostrándoles los brazos ensangrentados, les enga con vehemencia, y concluye asi su razonnto :

Cuando el siniestro hado y dura suerte
Nos amenacen cierto en lo futuro,
Podemos elegir honrada muerte,
Remedio breve, fácil y seguro :
Poned á la fortuna el hombro fuerte;
A dura adversidad corazon duro;
Que el pecho firme y ánimo invencible
Allana y facilita aun lo imposible.

(CANTO XXIII.)

Animado siempre del mismo resentimiento, acaulla aquel Indio á algunos de los suyos, y antes de lear les harenga de esta manera :

Diciendo : « O valentísimos soldados,
Tan dignos de este nombre, en cuya mano

Hoy la fortuna y favorables hados
Han puesto el ser y crédito araucano,
Estad de la victoria confiados;
Que este tumulto y aparato vano
Es todo el remanente y son las heces
De los que habeis vencido tantas veces.
Y esta postrer batalla fenecida,
De vosotros asi tan deseada,
No queda cosa ya que nos impida,
Ni lanza enhiesta ni contraria espada:
Mirad la muerte infame ó triste vida
Que está para el vencido aparejada,
Los ásperos tormentos excesivos
Que el vencedor promete hoy á los vivos.
Que si en esta batalla sois vencidos,
La ley perece y libertad se atierra,
Quedando al duro yugo sometidos,
Inhábiles al uso de la guerra:
Pues con las brutas bestias siempre unidos
Habeis de arar y cultivar la tierra,
Haciendo los servicios mas serviles
Y bajos ejercicios mugeriles.
Tened, varones, siempre en la memoria
Que la deshonra eternamente dura;
Y que perpetuamente esta victoria
Todas vuestras hazañas asegura:
Considerad, soldados, que la gloria
Que os tiene aparejada la ventura
Y el gran premio y honor que (como digo)
Un tan breve trabajo trae consigo.
Que aquel que se mostrare buen soldado,
Tendrá en su mano ser lo que quisiere;
Que todo lo que habemos deseado
La fortuna con ello hoy nos requiere:
Tambien piense que queda condenado
Por rebelde y traidor quien no venciere;

Que no hay vencido justo y sin castigo,
Quedando por jüez el enemigo. »

(CANTO XXV.)

Con qué maestría estan tocadas en este discurso cuerdas mas sensibles del corazon humano; y qué :to no deberia producir en gentes belicosas, indó- as, acostumbradas á anteponer la muerte á la es- ;itud! Vencido y hasta en el mismo suplicio con- ;a aquel Indio su fiereza, y dice entre otras cosas s Españoles:

« ¡O gentes fementidas, detestables,
Indignas de la gloria de este dia!
Hartad vuestras gargantas insaciables
En esta aborrecida sangre mia;
Que aunque los fieros hados variables
Trastornen la araucana monarquía,
Muertos podremos ser, mas no vencidos
Ni los ánimos libres oprimidos. »

Uno de los infelices prisioneros, condenados á orcarse por sus propias manos, se acobarda y pide :rced; pero antes que acabase:

Quisiera proseguir, si Galvarino
Que le miraba con airada cara,
De súbito saliéndole al camino,
La doméstica voz no le atajara;
Diciendo: « pusilánime, mezquino,
Deslustrador de la progenie clara,
¿Porqué á tan gran bajeza asi te mueve
El miedo torpe de una muerte breve?
Díme, infame traidor, de fe mudable,
¿Tienes por mas partido y mejor suerte
El vivir en estado miserable
Que el morir como debe un varon fuerte?
Sigue el hado, aun adverso, tolerable;

Que el fin de los trabajos es la muerte;
Y es poquedad que un afrentoso medio
Te saque de la mano este remedio. »

(CANTO XXVI.)

Se ha criticado á Homero, y á mi entender con harto fundamento, porque casi nunca hace hablar á Agamenon, caudillo de tantos monarcas, sino de un modo poco digno, y proponiendo siempre el partido mas débil; pero Ercilla mostró mas tino realzando á Caupolican en sus discursos, y haciéndole hablar con la noble fortaleza de un héroe: si trata de animar á los caudillos, les harenga asi en la junta celebrada en el valle de Ongolmo:

Caupolican, en medio de ellos puesto,
A todos con los ojos rodeando,
Que con silencio y ánimo dispuesto
Estaban sus razones aguardando,
Con sesgo pecho y con sereno gesto
La voz entonó grave levantando,
Rompió el mudo silencio y echó fuera
El intento y furor de esta manera:
« Esforzados varones, ya es venido
(Segun vemos las muestras y señales)
Aquel felice tiempo prometido
En que habemos de hacernos inmortales;
Que la fortuna próspera ha traido
De las últimas partes orientales
Tantas gentes en una compañía
Para que las venzais en solo un dia:
Y á costa y precio de su sangre y vidas,
Del todo eterniceis vuestras espadas,
Y nuestras viejas leyes oprimidas
Sean en su libre fuerza restauradas;
Que por remotos reinos extendidas

Han de ser inviolables y sagradas,
Viviendo en igualdad debajo de ellas
Cuantos viven debajo las estrellas.
Y pues que con tan loco atrevimiento
Estas gentes se os han desvergonzado,
Y en vuestra tierra y defendido asiento
Las banderas tendidas han entrado,
Es bien que el insolente atrevimiento
Quede con nuevo ejemplo castigado,
Antes que dando cuerda á su esperanza
Les dé fuerza y consejo la tardanza.
Asi en resolucion me determino
(Si, señores, tambien os pareciere)
Que demos con asalto repentino
Sobre ellos lo mejor que ser pudiere:
Y nadie piense que hay otro camino
Sino el que con su fuerza y brazo abriere,
Que las rabiosas armas en las manos
Los han de dar por justos ó tiranos.»

(CANTO XVI.)

La resolucion mas heróica que puede tomar un pueblo en defensa de su libertad, es la de incendiar sus haciendas y hogares por salvar la patria; y esta hazaña tocaba proponerla al caudillo de un pueblo tan esforzado, y hacerlo de tal suerte que arrastrase el parecer de todos: Caupolican habla asi en el canto 29°:

« Conviene, ó gran senado religioso,
Que vencer ó morir determinemos,
Y en solo nuestro brazo valeroso
Como último remedio confiemos:
Las casas, ropa y mueble infrutuoso,
Que al descanso nos llaman, abrasemos;
Que habiendo de morir todo nos sobra,
Y todo con vencer despues se cobra.

Es necesario y justo que se entienda
La grande utilidad que de esto viene;
Que no es bien que haya asiento en la hacienda,
Cuando el honor aun su lugar no tiene:
Ni es razon que soldado alguno atienda
A mas de aquello que á vencer conviene,
Ni entibie las ardientes voluntades
El amor de las casas y heredades.

Asi que en esta guerra tan reñida
Quien pretende descanso, como digo,
Piense que no hay mas honra, hacienda y vida,
Que aquella que quitare al enemigo;
Que la virtud del brazo conocida
Será el rescate y verdadero amigo;
Pues no há de haber partido ni concierto
Sino solo matar ó quedar muerto.»

Los *discursos* citados bastan para manifestar cual sea el mérito de Ercilla en este punto; y si en él se aventajó á Homero, le siguió de cerca en la pintura de *caractéres*. Causa maravilla la variedad que desplegó el poeta griego, presentando tantos caudillos con aspecto propio y distinto; pero no menos sorprende ver como Ercilla acertó á pintar con tanta variedad á los guerreros araucanos: cosa tanto mas difícil, cuanto cabalmente en ese estado imperfecto de sociedad son mas parecidos los hombres, como si acabasen de salir casi iguales de manos de la naturaleza. Y sin embargo, todos los caudillos que celebra el poeta español se distinguen perfectamente, ocupando cada uno en el cuadro el lugar que le corresponde: con oir un discurso, con saber una acion, se adivina al instante, como en el poema de Homero, á qué caudillo pertenece. Colocolo es un viejo grave, pausado, amante celoso de la patria

ro con prevision y cordura. Caupolican es digno mandar á caudillos tan aventajados: Ercilla le nta asi en el canto segundo:

Era este noble mozo de alto hecho,
Varon de autoridad, grave y sereno,
Amigo de guardar todo derecho,
Aspero, riguroso, justiciero;
De cuerpo grande y relevado pecho,
Hábil, diestro, fortísimo y ligero,
Sabio, astuto, sagaz, determinado,
Y en casos de repente reportado.

luego en el canto 31° retoca asi su retrato:

Viendo de aquel varon la valentía,
El ser gallardo y el feroz semblante,
Su propo.cion y miembros de gigante.
Venia el robusto y grande cuerpo armado
De una fuerte coraza barreada,
Y un dragon escamoso relevado
Sobre el alto creston de la celada;
En la derecha su baston ferrado,
Ceñida al lado una tajante espada,
Representando en talle y apostura
Del furibundo Marte la figura.

Tan valiente en los combates como templado y me en sus resoluciones, infunde respeto Caupo- an aun á los caudillos mas indóciles, casi iguales él en autoridad; y el pueblo le teme y le venera nto, que aun despues de muerto en un suplicio, no atreven los Indios á contemplarle. Lástima da verle bil y apocado un solo momento, ansioso de salvar vida y ofreciendo contribuir á que se someta su tria; y hubiera hecho mejor Ercilla en no humi- rle en aquella situacion hasta con las duras recon-

venciones de su esposa; ¡pero con cuánta fortaleza de ánimo está compensada aquella flaqueza de un instante! Aun al manifestarla el caudillo, acaba con dignidad su razonamiento:

« Y el plazo puesto y término pasado,
Podré tambien morir, si no cumpliere:
Escoge lo que mas te agrada de esto;
Que para ambas fortunas estoy presto.»
No dijo el Indio mas: y la respuesta
Sin turbacion mirándole atendia,
Y la importante vida ó muerte presta
Callando con igual rostro pedia;
Que por mas que fortuna contrapuesta
Procuraba abatirle, no podia;
Guardando, aunque vencido, preso y todo,
Cierto término libre y grave modo.

Lejos de aceptar la propuesta del caudillo araucano, condénale el vencedor á ser empalado y asaeteado vivo; y al escuchar el fin atroz que le aguardaba, recobra otra vez Caupolican su antigua entereza:

No la muerte y el término excesivo
Causó en su gran semblante diferencia;
Que nunca por mudanzas vez alguna
Pudo mudarle el rostro la fortuna.

Camina impávido al suplicio, y se muestra superior á los tormentos:

Diciendo: « Pues el hado y suerte mia
Me tienen esta muerte aparejada,
Venga, que yo la pido, yo la quiero;
Que ningun mal hay grande, si es postrero.»

Pero al creer que se trata de envilecerle, entregándole á un verdugo negro, los filos de la afrenta

hacen perder la tranquilidad que no habia podido arle la vista misma de los tormentos. Enciéndese ira el caudillo, y clama con el acento de la deses-racion:

«¿No hubiera alguna espada aquí de cuantas
Contra mí se arrancaron á porfía,
Que usada á nuestras míseras gargantas
Cercenara de un golpe aquesta mia?
Que aunque ensaye su fuerza en mí de tantas
Maneras la fortuna en este dia,
Acabar no podrá que bruta mano
Toque al gran general Caupolicano.»

Ni los demas caudillos del ejército se confunden os con otros; sino que cada cual descubre su in-le y carácter peculiar: Lautaro se muestra entu-smado por la patria, y ansioso de las empresas is arriesgadas, tan tierno de corazon como alentado ánimo: sus acciones le pintan asi en todo el poe-i; su bosquejo es este:

Fue Lautaro industrioso, sabio, presto,
De gran consejo, término y cordura,
Manso de condicion y hermoso gesto,
Ni grande ni pequeño de estatura:
El ánimo en las cosas grandes puesto,
De fuerte trabazon y compostura,
Duros los miembros, recios y nerviosos,
Anchas espaldas, pechos espaciosos.

(CANTO III.)

Orompello se distingue entre los valientes, dispu-ido la palma á los mas esforzados; pero no es in-lente ni provocador: Ercilla le retrata asi:

Era Orompello mozo asaz valido,
Que desde la niñez fue muy brioso,

Ni pisado escorpion vuelve tan presto
Como el Indio volvió el airado gesto.

Confiado en su valor, búrlase de la suerte:

La Fortuna es la fuerza de los brazos.

y lejos de someterse á razon ni derecho, no teme decir con jactancia:

Mi maza es la que á mí me da el seguro.

¡Qué pinceladas tan valientes! Una sola basta para pintar á un hombre.

Deseando Ercilla dar alguna idea del pueblo desconocido que iba á suministrar argumento á su canto, describe á sus naturales de esta bellísima manera:

Son de gesto robusto, desbarbados,
Bien formados los cuerpos y crecidos,
Espaldas grandes, pechos levantados,
Recios miembros, de niervos bien fornidos;
Agiles, desenvueltos, alentados,
Animosos, valientes, atrevidos,
Duros en el trabajo, y sufridores
De frios mortales, hambres y calores.

No ha habido rey jamas que sujetase
Esta soberbia gente libertada,
Ni extrangera nacion que se jactase
De haber dado en sus términos pisada;
Ni comarcana tierra que se osase
Mover en contra y levantar espada:
Siempre fue exenta, indómita, temida,
De leyes libre y de cerviz erguida.

(CANTO I.)

La misma maestría ostenta Ercilla en todo género de *descripciones;* y si se prescinde de la prolijidad con que á veces suele afearlas, no temo afirmar que es

Rompe, encuentra, tropella, hiere y mata,
Y los espesos tiros desbarata:
Asi etc.

ietírase al fin el Indio, perseguido de inmensa chedumbre; ¿mas cómo se retira?

Como el zeloso toro madrigado
Que la tarda vacada va siguiendo,
Volviendo acá y allá espaciosamente
El duro cerviguillo y alta frente.

(CANTO XXII.)

ita los versos mismos denotan la lentitud con que ileja de los combates ese caudillo, que tiene á glo- ser el postrero que quede en el campo:

Con paso tardo, grave y espacioso,
Volviendo el rostro atras de cuando en cuando,
Tomó á la diestra mano una vereda
Hasta entrar en un bosque y arboleda.

(CANTO XXVI.)

Tucapel es el mas fiero de los Araucanos: ni reco- e superior ni consiente igual; no hay en todo el ma una accion, un solo dicho suyo que no mani- te este carácter: si habla, es para provocar; no pinta, sino desafia. Ercilla nos le muestra siempre i esos colores: en un consejo de caciques:

Puesto en pie, levantó la voz ardiente;
Que jamas hablar pudo blandamente.

e hieren en un combate:

Herida tigre hircana no es tan brava,
Ni acosado leon tan impaciente...

rerra un golpe de su maza:

Brama el bárbaro, ardiendo de despecho;
Víbora no se vió mas enconada,

Ni pisado escorpion vuelve tan presto
Como el Indio volvió el airado gesto.

Confiado en su valor, búrlase de la suerte:

La Fortuna es la fuerza de los brazos.

y lejos de someterse á razon ni derecho, no teme decir con jactancia:

Mi maza es la que á mí me da el seguro.

¡Qué pinceladas tan valientes! Una sola basta para pintar á un hombre.

Deseando Ercilla dar alguna idea del pueblo desconocido que iba á suministrar argumento á su canto, describe á sus naturales de esta bellísima manera:

Son de gesto robusto, desbarbados,
Bien formados los cuerpos y crecidos,
Espaldas grandes, pechos levantados,
Recios miembros, de niervos bien fornidos;
Agiles, desenvueltos, alentados,
Animosos, valientes, atrevidos,
Duros en el trabajo, y sufridores
De frios mortales, hambres y calores.

No ha habido rey jamas que sujetase
Esta soberbia gente libertada,
Ni extrangera nacion que se jactase
De haber dado en sus términos pisada;
Ni comarcana tierra que se osase
Mover en contra y levantar espada:
Siempre fue exenta, indómita, temida,
De leyes libre y de cerviz erguida.

(CANTO I.)

La misma maestría ostenta Ercilla en todo género de *descripciones;* y si se prescinde de la prolijidad con que á veces suele afearlas, no temo afirmar que es

punto es difícil aproximarse tanto como él á la
lad y sencillez de Homero.
nando se ocupa el poeta de objetos delicados,
a un pincel finísimo y las tintas mas suaves: las
ientes octavas no serian indignas de servir para
:ribir el palacio de Armida, imaginado por el
o, ó la isla deliciosa que creó Camoens:

Subimos á un gran campo, á do natura
Con mano liberal y artificiosa
Mostraba su caudal y hermosura
En la varia labor maravillosa;
Mezclando entre las hojas y verdura
El blanco lirio y encarnada rosa,
Junquillos, azahares y mosquetas,
Azucenas, jazmines y violetas.

Allí las claras fuentes murmurando,
El deleitoso asiento atravesaban;
Y los templados vientos respirando
La verde yerba y flores alegraban:
Pues los pintados pájaros volando
Por los copados árboles cruzaban,
Formando con su canto y melodía
Una acorde y dulcísima armonía.

Por mil partes en corros derramadas
Ví gran copia de Ninfas muy hermosas,
Unas en varios juegos ocupadas,
Otras cogiendo flores olorosas;
Otras suavemente y acordadas
Cantaban dulces trobas amorosas,
Con cítaras y liras en las manos
Diestros Sátiros, Faunos y Silvanos.

(CANTO XVII.)

on diversa fuerza y color mas oscuro debia pintar

Ercilla los fenómenos terribles de la naturaleza; c cuando decia:

Alli con libertad soplan los vientos,
De sus cavernas cóncavas saliendo,
Y furiosos, indómitos, violentos,
Todo aquel ancho mar van discurriendo:
Rompiendo la prision y mandamientos
De Éolo su rey, el cual temiendo
Que el mundo no arruïnen, los encierra
Echándoles encima una gran sierra.
No con esto su furia corregida,
Viéndose en sus cavernas apremiados,
Buscan con gran estruendo la salida
Por los huecos y cóncavos cerrados:
Y asi la firme tierra removida
Tiembla, y hay terremotos tan usados,
Derribando en los pueblos y montañas
Hombres, ganados, casas y cabañas.

(CANTO XV.)

Ercilla no se eleva hasta lo sublime; pero no cas veces muestra tanto vigor y energía que sus cripciones se parecen á las de Homero:

Como el fiero Tifeo, presumiendo
Lanzar de sí el gran monte y pesadumbre,
Cuando el terrible cuerpo estremeciendo
Sacude los peñascos de la cumbre,
Que vienen con gran ímpetu y estruendo
Hechos piezas abajo en muchedumbre:
Asi la triste gente mal guiada
Rodando al llano va despedazada.

(CANTO VI.)

En este tiempo el bullicioso Marte
Saca su carro con horrible estruendo,
Y ardiendo en ira, belicoso parte

Por el dispuesto Arauco discurriendo :
Hace temblar la tierra á cada parte,
Los ferrados caballos impeliendo,
Y en la diestra el sangriento hierro agudo
Bate con la siniestra el fuerte escudo.
La grita, el sobresalto, los rumores,
El súbito alboroto de la guerra,
Las sonoras trompetas y atambores
Hacen gemir y estremecer la tierra.

(CANTO IX.)

pinta una tormenta ó una tempestad, los cua-
son tan opacos y sombríos como los objetos que
sentan :

En esto una gran nube tenebrosa,
El aire y cielo súbito turbando,
Con una oscuridad triste y medrosa
Del sol la luz escasa fue ocupando:
Salta Aquilon con fuerza procelosa
Los árboles y plantas inclinando,
Envuelto en raras gotas de agua gruesas
Que luego descargaron mas espesas.
En escura tiniebla el cielo vuelto,
La furiosa tormenta se esforzaba,
Agua, piedras y rayos, todo envuelto
En espesos relámpagos lanzaba :
El araucano ejército revuelto
Por acá y por allá se derramaba;
Crece la tempestad, horrenda tanto
Que á los mas esforzados puso espanto.

(CANTO IV.)

La braveza del mar, el recio viento,
El clamor, alboroto, las promesas,
El cerrarse la noche en un momento
De negras nubes, lóbregas y espesas,

Los truenos, los relámpagos sin cuento,
Las voces de pilotos y las priesas,
Hacen un son tan triste y armonía
Que parece que el mundo perecia.
Abrese el cielo, el mar brama alterado;
Gime el soberbio viento embravecido;
En esto un monte de agua levantado
Sobre las nubes con un gran ruido,
Embistió el galeon por un costado,
Llevándolo un gran rato sumergido;
Y la gente tragó del temor fuerte
A vueltas de agua la esperada muerte.
Mas quiso Dios que de la suerte como
La gran ballena, el cuerpo sacudiendo,
Rompe con el furioso hocico romo
De las olas el ímpetu rompiendo;
Descubre y saca el espacioso lomo,
En anchos cercos la agua revolviendo:
Asi debajo el mar salió el navío,
Vertiendo á cada banda un nuevo rio.
Las gúmenas y jarcias rechinaban,
Del turbulento Céfiro estiradas,
Y las hinchadas olas rebramaban
En las vecinas rocas quebrantadas,
Que la oscura tiniebla penetraban
Y cerrazon de nubes entrincadas,
Y ásí en las peñas ásperas batian
Que blancas hasta el cielo resurtian.

(CANTO XV.)

¿Intenta por ventura describir un objeto, p queño que sea? No se contenta Ercilla si no le la vista: asi nos muestra el caballo de Villagra

Estaba en un caballo, derivado
De la española raza, poderoso,
Ancho de cuadra, espeso, bien trabado,

Castaño de color, presto, animoso:
Veloz en la carrera y alentado,
De grande fuerza y de ímpetu furioso,
Y la furia sujeta y corregida
Con un débil bocado y blanda brida.

(CANTO VI.)

'inta una corcilla; y no solo vemos al lindo ani-
l, sino hasta el sitio en que está paciendo:

Ví una mansa corcilla junto al rio,
Gustando de las yerbas y el rocío.
Púdelo bien hacer; que en las quebradas
Era grande el rumor de la corriente,
Y con pasos y orejas descuidadas
Pacia la tierna yerba libremente;
Pero cuando sintió ya mis pisadas,
Y al rumor levantó la altiva frente,
Dejó el sabroso pasto y arboleda
Por una estrecha y áspera vereda.

(CANTO XXIII.)

se ha admirado justamente en Homero que tuviese
undidad bastante para llenar tantos cantos de la
ida con batallas, sin llegar á ser molesto, y hallan-
siempre recursos para variar sus cuadros, dife-
ciando con pormenores delicados hasta la muerte
cada guerrero; pues al mismo elogio tiene mucho
echo Ercilla: él propio conoció, como ya se ha
ho, la uniformidad y monotonía que presentaba
asunto; y sin embargo salvó con el inagotable cau-
de su imaginacion ese gravísimo inconveniente.
y en la *Araucana* gran número de batallas y comba-
, descritos con verdad todos ellos, y cada uno de
do diferente. Solo de luchas á brazo partido he con-
o hasta seis, tan bellas todas como la que descri-

bió Homero, y sin haber ni una siquiera pare
otra. El autor de la *Henríada* no pudo menos de
fesar que en la obra de Ercilla *hay mucho fue*
la descripcion de batallas; y basta para conver
del vigor y valentía con que estan pintadas, abri
cualquiera parte el poema: sirva de muestra
ejemplo, sacado del canto cuarto:

Los caballos en esto apercibiendo,
Firmes y recogidos en las sillas,
Sueltan las riendas, y los pies batiendo
Parten contra las bárbaras cuadrillas:
Las poderosas lanzas requiriendo,
Afiladas en sangre las cuchillas,
Llamando en alta voz á Dios del cielo,
Hacen gemir y retemblar el suelo.

Cargan de fuerte fresno como vigas
Los bárbaros las picas al momento,
De la suerte que suelen las espigas
Derribarse al furor del recio viento:
No bastaron las armas enemigas
Al ímpetu español y movimiento;
Que los nuestros rompieron por un lado
Dejando el escuadron aportillado.

A un tiempo los caballos volteando,
Lejos las rotas lanzas arrojadas,
Vuelven al enemigo y fiero bando,
En alto ya desnudas las espadas:
Otra vez arremeten, no bastando
Infinidad de puntas enhastadas
Puestas en contra de la airada gente,
A que no se mezclasen igualmente.

Los unos que no saben ser vencidos,
Los otros á vencer acostumbrados,
Son causa que se aumenten los heridos

Y que bajen los brazos mas pesados:
De llamas los arneses encendidos,
Con gran fuerza y presteza golpeados,
Formaban un rumor que el alto cielo
Del todo parecia venir al suelo.

Como si fueran á morir desnudos,
Las rabiosas espadas asi cortan;
Con tanta fuerza bajan golpes crudos
Que poco fuertes armas les importan:
Lo que sufrir no pueden los escudos
Los insensibles cuerpos lo comportan,
En furor encendidos de tal suerte
Que no sienten los golpes ni aun la muerte.

Antes de rabia y cólera abrasados,
Con poderosos golpes los martillan,
Y de muchos con fuerza redoblados
Los cargados caballos arrodillan:
Abollan los arneses relevados,
Abren, desclavan, rompen, deshebillan,
Ruedan las rotas piezas y celadas,
Y el aire atruena el son de las espadas.

Al ver venir el ejército araucano, parece que es mero el que nos le muestra:

Segun el mar las olas tiende y crece,
Asi crece la fiera gente armada;
Tiembla en torno la tierra y se estremece,
De tantos pies batida y golpeada:
Lleno el aire de estruendo se escurece
Con la gran polvareda levantada;
Que en ancho remolino al cielo sube,
Cual ciega niebla espesa ó parda nube.

(CANTO XXI.)

No tengo por bastante disculpa para describir la alla de Lepanto que dijese el mágico á Ercilla que

le faltaba una batalla naval; pero una vez resuelto á describirla, lo desempeñó como gran maestro:

Asi las dos armadas, pues, venian
En tal manera y órden navegando,
Que dos espesos bosques parecian
Que poco á poco se iban allegando:
Las cicaladas armas relucian
En el inquieto mar reverberando,
Ofendiendo la vista desde lejos
Las agudas vislumbres y reflejos.
No la ciudad de Príamo asolada
Por tantas partes sin cesar ardia,
Ni el crudo efecto de la griega espada
Con tal rigor y estrépito se oia;
Como la turca y la cristiana armada,
Que envuelta en humo y fuego, parecia
No solo arder el mar, hundirse el suelo,
Pero venirse abajo el alto cielo.

. . . . . .

El sol, los claros rayos encogiendo,
Con faz turbada de color sanguina
Entre las negras nubes se escondia,
Por no ver el destrozo de aquel dia.

(CANTO XXIV.)

Ercilla se parece á Homero en la aficion á pintar escenas guerreras; pero tambien halla tono suave y patético cuando lo ha menester: en el canto 4° representa asi el mísero estado de las mugeres, despues de la derrota de sus esposos, viéndolos volver al combate:

Los blancos rostros, mas que flores bellos,
Eran de crudos puños ofendidos,
Y manojos dorados de cabellos
Andaban por los suelos esparcidos:

Vieran pechos de nieve y tersos cuellos
De sangre y vivas lágrimas teñidos,
Y rotos por mil partes y arrojados
Ricos vestidos, joyas y tocados.
Las mugeres de nuevos alaridos
Hieren el alto cóncavo del cielo,
Viendo al peligro puestos los maridos
Y ellas en tal trabajo y desconsuelo:
Con lagrimosos ojos y gemidos,
Echadas de rodillas por el suelo,
Les ponen los hijuelos por delante;
Pero cosa á moverlos no es bastante.
Ya de lo necesario aparejados,
En demanda del bárbaro salian,
De arneses lucidísimos armados
Que vistosos de lejos parecian:
Las mugeres por torres y tejados
Con fijos ojos tiernas los seguian;
Y echándoles de alli mil bendiciones,
Vuelven á Dios el ruego y peticiones.

(CANTO IV.)

Bello es tambien, y prueba que Ercilla sabia modu- su robusta voz con el tono suave del sentimiento, episodio contenido en el canto 13°. Lautaro, el in- iz Lautaro, hallándose durmiendo en los brazos de querida, se siente acosado por un sueño fatal que representa su muerte: el mismo sueño perturba á amada, y se lo comunican mutuamente; pero él es liente y confiado, como guerrero y mozo; ella tí- ida y tierna, como muger y enamorada; y el diálogo tre ambos está manejado con tanta verdad y deli- deza, que nos parece verlos y oirlos:

El hijo de Pillan en lazo estrecho
Los brazos por el cuello le ceñia,

De lágrimas bañando el tierno pecho,
En nuevo amor ardiendo respondia:
« No lo tengais, señora, por tan hecho,
Ni turbeis con agüeros mi alegría
Y aquel gozoso estado en que me veo,
Pues libre en estos brazos os poseo.
Siento el veros asi imaginativa,
No porque yo me juzgue temeroso,
Mas la llaga de amor está tan viva
Que estoy de lo imposible receloso:
Si vos quereis, señora, que yo viva,
¿Quién á darme la muerte es poderoso?
Mi vida está sujeta á vuestras manos,
Y no á todo el poder de los humanos. »
Ella menos segura y mas llorosa,
Del cuello de Lautaro se colgaba,
Y con piadosos ojos, lastimosa,
Boca con boca asi le conjuraba:
« Si aquella voluntad, pura, amorosa,
Que libre os dí cuando mas libre estaba,
Y de ello el alto cielo es buen testigo,
Algo puede, señor y dulce amigo;
Por ella os juro, y por aquel tormento
Que sentí cuando vos de mí partistes,
Y por la fe, si no la llevó el viento,
Que alli con tantas lágrimas me distes;
Que á lo menos me deis este contento,
Si alguna vez de mí ya lo tuvistes,
Y es que os vistais las armas prestamente
Y al muro asista en órden vuestra gente. »

. . . . . .

Tras esto tantas lágrimas vertia,
Que mueve á compasion el contemplarla;
Y asi el tierno Lautaro no podia
Dejar en tal sazon de acompañarla.

(CANTO XIII.)

En esta interesante situacion se hallaban ambos esposos, cuando los Españoles asaltan el fuerte:

Lautaro á la sazon, segun se entiende,
Con la gentil Guacolda razonaba,
Asegúrala, esfuerza y reprehende
De la desconfianza que mostraba:
Ella razon no admite, y mas le ofende
Que aquello mayor pena le causaba;
Rompiendo el tierno punto en sus amores
El duro son de trompas y atambores.

Con tanto arte prepara el poeta el trágico fin de aquel caudillo, que pasó de los brazos del amor á los de la muerte:

Tanto rigor la aguda flecha trujo
Que al bárbaro tendió sobre la arena,
Abriendo puerta á un abundante flujo
De negra sangre por copiosa vena:
Del rostro la color se le retrujo,
Los ojos tuerce, y con rabiosa pena
Su alma, del mortal cuerpo desatada,
Bajó furiosa á la infernal morada.

(CANTO XIV.)

Los mas de los épicos modernos han tocado en el escollo de no acertar á dar á sus poemas cierto aspecto maravilloso, no teniendo fácilmente á la mano los auxilios que hallaban los antiguos en las fábulas del paganismo; pero Ercilla se mostró, á mi entender, bastante juicioso en este punto, y atinó en general con la especie de *máquina* que convenia á su poema. Aun cuando quiso extenderse á hablar de sucesos distantes y de acaecimientos futuros (de que pudiera haber prescindido, como él mismo confiesa) recurrió á un medio admitido en aquel siglo por la creencia

vulgar, y auxiliado por la lejanía y extrañeza de países tan desconocidos: un mágico muestra al poeta, sobre una figura de la tierra, el combate naval de Lepanto; y si cree presenciar en otra ocasion el asalto de San Quintin (dado uno de los dias en que se peleaba en el Arauco) finge el autor que hallándose dormido se le apareció una muger, armada como figuran á Belona, y que conduciéndole á una altura, le representó durante el sueño aquel suceso memorable. Mas en todo el curso de la accion de la *Araucana* no recuerdo que medie la intervencion de causa sobrenatural, excepto en el canto 9°, y eso de una manera tan maestra, que se siente luego que el poeta se empeñe en probar con testimonios, y hasta citando el dia, mes y año, que fue cierta aquella aparicion milagrosa. Al ir el ejército de los Araucanos á embestir la Ciudad Imperial, se les aparece en las nubes para animarlos el Genio maligno á quien invocaban aquellas gentes; pero otra vision benéfica, favorable á los Españoles, retrae á sus enemigos del intento:

Cuando el campo de alli queria mudarse,
Que ya la trompa á caminar tocaba,
Súbito comenzó el aire á turbarse
Y de prodigios tristes se espesaba:
Nubes con nubes vienen á cerrarse,
Turbulento rumor se levantaba,
Que con airados ímpetus violentos
Mostraban su furor los cuatro vientos.
Agua recia, granizo, piedra espesa
Las intrincadas nubes despedian;
Rayos, truenos, relámpagos á priesa
Rompen los cielos y la tierra abrian;
Hacen los vientos áspera represa
Que en su entera violencia competian;

Cuanto topa arrebata el torbellino,
Alzándolo en furioso remolino.
Un miedo igual á todos atormenta;
No hay corazon, no hay ánimo asi entero
Que en tanta confusion furia y tormenta
No temblase, aunque fuere mas de acero:
En esto Epamenon se les presenta,
En forma de un dragon horrible y fiero,
Con enroscada cola envuelta en fuego,
Y en ronca y torpe voz les habló luego:
Diciéndoles que al punto caminasen
Sobre el triste Español amedrentado,
Que por cualquiera parte que llegasen
Con gran facilidad seria tomado;
Y que al cuchillo y fuego lo entregasen,
Sin dejar hombre á vida y muro alzado:
Esto dicho, que todos lo entendieron,
En humo se deshizo y no lo vieron.
Al punto los confusos elementos
Fueron sus movimientos aplacando,
Y los desenfrenados cuatro vientos
Se van á sus cavernas retirando:
Las nubes se retraen á sus asientos,
El cielo y claro sol desocupando;
Solo el miedo en el pecho mas osado
No dejó su lugar desocupado.
La tempestad cesó, y el claro cielo
Vistió el húmido campo de alegría,
Cuando con claro y presuroso vuelo
En una nube una muger venia,
Cubierta de un hermoso y limpio velo,
Con tanto resplandor que al mediodía
La claridad del sol delante de ella
Es la que cerca de él tiene una estrella.

(CANTO IX.)

Pero en nada, á lo que yo alcanzo, se aproxima

tanto á Homero el poeta español, como en la ver
y sencillez de sus innumerables comparaciones, no
tándose sino tres ó cuatro en tan largo poema
carezcan de la conveniente nobleza: aunque por
parte sea justo decir que rara vez presenta Erc
aquellas comparaciones magníficas, que sorpr
den en el poeta griego. Para que pueda formarse
guna idea del mérito de Ercilla en este punto, p
sentaré algunas muestras:

Cual suelen escapar de los monteros
Dos grandes javalís, fieros, cerdosos,
Seguidos de solícitos rastreros
De la campestre sangre codiciosos;
Y salen en su alcance los ligeros
Lebreles irlandeses generosos:
Con no menor codicia y pies livianos
Arrancan tras los míseros cristianos.

(CANTO III.)

Como el aliento y fuerzas van faltando
A dos valientes toros animosos,
Cuando en la fiera lucha porfiando
Se muestran igualmente poderosos;
Que se van poco á poco retirando
Rostro á rostro con paso perezoso,
Cubiertos de un humor y espeso aliento,
Y esparcen con los pies la arena al viento:
Los dos puestos asi se retiraron,
Sin sangre y sin vigor desalentados,
Que jamas las espaldas se mostraron,
Mas siempre frente á frente careados.

(CANTO IV.)

Como el feroz caballo que impaciente,
Cuando el competidor ve ya cercano,
Befa, relincha, y con soberbia frente

Hiere la tierra de una y otra mano:
Asi el bárbaro ejército obediente,
Viendo tan cerca el campo castellano,
Gime por ver el juego comenzado;
Mas no pasa del término asignado.

(CANTO V.)

Al ver que vuelven los Españoles, y que se renueva el combate, acuden tambien los Araucanos:

Cual banda de cornejas esparcidas
Que por el aire claro el vuelo tienden,
Que de la compañera condolida
Por los chirridos la prision entienden;
Las batidoras alas recogidas,
A darle ayuda en círculo descienden:
El bárbaro escuadron de esta manera
Al rumor endereza la carrera.

(CANTO VI.)

Describiendo Ercilla la lucha de dos Indios, se vale de esta hermosa comparacion:

De la suerte que el tigre cauteloso,
Viendo venir lozano al suelto pardo,
El cuello bajo, lerdo y perezoso,
Con ronco son se mueve á paso tardo;
Y en un instante súbito y furioso
Salta sobre él con ímpetu gallardo,
Y echándole la garra, asi le aprieta
Que le oprime, le rinde y le sujeta:
De esta manera Rengo á Talco afierra.....

(CANTO X.)

Vense los Indios sorprendidos con Lautaro en el fuerte, durante la noche, y huyen amedrentados:

Como tímidos gamos, que el ruïdo
Sienten del cazador, y atentamente

Altos los cuellos tienden el oido
Hácia la parte que el rumor se siente;
Y el balar de la gama conocido,
Que apedazan los perros y la gente,
Con furioso tropel toman la via
Que mas de aquel peligro les desvía:
Asi etc. (CANTO XXIV.)

Como la osa valiente perseguida,
Cuando la van monteros dando caza,
Que con rabia sintiéndose herida,
Los ñudosos venablos despedaza;
Y furiosa, impaciente, embravecida,
La senda y callejon desembaraza,
Que los heridos perros lastimados
Le dan ancho lugar escarmentados:
De la misma manera el fiero Andrea
Cercado de los bárbaros venia;
Pero de tal manera se rodea
Que gran camino con la espada abría.
(CANTO XIX.)

Los Españoles son en una ocasion arrollados p
Indios, cuyo ímpetu compara Ercilla al de un hur

Como el airado viento repentino,
Que en lóbrego turbion con gran estruendo
El polvoroso campo y el camino
Va con violencia indómita barriendo;
Y en ancho y presuroso remolino
Todo lo coge, lleva y va esparciendo,
Y arranca aquel furioso movimiento
Los arraigados troncos de su asiento:
Asi etc. (CANTO XXII.)

Hasta de los objetos mas pequeños se vale E
á semejanza de Homero, para presentar compa

s oportunas, y las mas veces con nobleza: los aucanos saquean una ciudad desamparada por los pañoles; y la imágen que presenta Ercilla trae á memoria una semejante de Virgilio, en el libro arto de la *Eneida:*

Como para el invierno se previenen
Las guardosas hormigas avisadas,
Que á la abundante troje van y vienen
Y andan en acarretos ocupadas;
No se impiden, estorban ni detienen,
Dan las vacías paso á las cargadas:
Asi los Araucanos codiciosos
Entran, salen, y vuelven presurosos.

(CANTO VII.)

ı veces Ercilla halla á mano tal copia de compaiones, que las apiña para herir el ánimo con mas rza, cual lo hacia tambien el poeta griego: asi senta al jóven Orompello, aguardando impaıte la señal para luchar con su competidor:

Que puesto en su lugar ufano espera
El son de la trompeta, como cuando
El fogoso caballo en la carrera
La seña del partir está aguardando:
Y cual halcon que en la húmida ribera
Ve la garza de lejos blanqueando,
Que se alegra y se pule ya lozano,
Y está para arrojarse de la mano.

(CANTO XI.)

os Españoles penetran por la parte de Valdivia; y lamor guerrero espanta á los tranquilos Indios:

Los cuales con turbado sentimiento

Hayen del nuevo y fiero son temido,
Cual medrosas ovejas derramadas
Del aullido del lobo amedrentadas.
Nunca el escuro y tenebroso velo
De nubes congregadas de repente,
Ni presto rayo que rasgando el cielo
Baja tronando envuelto en llama ardiente,
Ni terremoto cuando tiembla el suelo
Turba y atemoriza asi á la gente,
Como el horrible estruendo de la guerra
Turbó y amedrentó toda la tierra.

(CANTO XXXIV.)

Al ver brillar tantas bellezas en el poema de I
cilla, recuérdanse con pesadumbre tantas circu
tancias reunidas contra su gloria, que privar
igualmente á España de poseer un *poema épico* dig
de ponerse al lado de los mejores extrangeros; pe
no podia esperarse una obra maestra de un poeta
pocos años, que solo escribia retazos de su poema
los ratos que robaba al preciso descanso, per
guido luego por la adversidad, y que no halló en
vida errante y borrascosa ni ocasion de madurar
plan completo ni de consultar el dictámen de per
nas inteligentes: apenas se concibe como fue b
tante su gran ingenio á superar tales obstáculos
levantarle á tanta altura.

Homero compuso, ó al menos se le atribuye
munmente, un poema burlesco con el título de
tracomiomaquia, ó sea guerra de las ranas y de
ratones; y esta composicion singular ha dado márg
á muchas imitaciones de los modernos, que han p
curado revestir de grandeza épica argumentos
queños y ridículos, para lucir su ingenio y agra

al público por medio de tan extraño contraste. Tampoco han dejado los Españoles de tentar con bastante éxito esta empresa, habiéndola ya ensayado en el siglo décimocuarto el agudo Arcipreste de Hita, cuando describió con tanta invencion y donaire la encarnizada contienda entre Don Carnal y Doña Cuaresma. Desde cuya remota época hasta la presente, se han publicado en nuestra nacion muchos poemas de esta clase; siendo los mejores y mas célebres la *Gatomaquia* de Lope de Vega, y la *Mosquéa* de Villaviciosa. El primero presenta un plan sencillo, gracia en la invencion, agudeza en los pensamientos, chiste en las expresiones, y una versificacion sumamente fácil y armoniosa; pero el segundo poema, aunque no posea en tan alto grado algunas de esas dotes, remeda mejor el tono *épico*, y por eso le he preferido para dar alguna idea de esta clase de composiciones burlescas.

La *Mosquéa* es quizá de todos los poemas españoles el que ofrece un plan mas arreglado; y tal que con cortísima alteracion pudiera servir para una obra seria: lástima da que un poeta que en la flor de sus años se presentó al público con una obra de tanto mérito, no emplease su talento en asunto mas digno, ó no haya dejado otras composiciones; pues esa sola nos queda de Villaviciosa. El argumento de su poema es la guerra de las moscas y de las hormigas; y aun en asunto tan leve, hízose acreedor aquel poeta al elogio que de su claro ingenio hizo el sensato Don Nicolas Antonio en su *Biblioteca española*. Excepto el primer canto, empleado en describir la fundacion de la ciudad de la Mosquéa, y que en mi juicio debiera haberse suprimido, empezando el poema al

mismo tiempo que la accion, esta se desenvuelve y sigue su curso con el mayor arreglo, y termina luego en el punto conveniente. Llega á la capital de las moscas la noticia del armamento de las hormigas; prepáranse á la guerra; reúnense los aliados, y parte el ejército; los enemigos se aperciben á la defensa; peléase con encarnizamiento por uno y otro bando; está la victoria dudosa; pero al fin se declara en favor de las hormigas; y muerto el general de las moscas, que es el Aquiles del poema, se concluye este.

Si la accion de ese largo poema, que peca por sobradamente difuso, es tan simple y arreglada, el autor ha hallado en su inagotable fecundidad, no solo medios para llenar con asunto tan leve doce crecidos cantos, sino para dar variedad al argumento, adornándole con oportunos episodios, como el del canto 6°, en que el general mosquito, salvándose á duras penas del naufragio de la armada, corre graves peligros antes de reunirse al ejército. La accion camina siempre á su fin; pero eso no basta: debe caminar con celeridad; y en el poema de Villaviciosa no vuela como las moscas, sino que anda como las hormigas: la paciencia se apura al principio de algunos cantos, viendo malgastar á veces veinte ó mas octavas en descripciones ociosas, como la del paso del sol por la eclíptica (canto 3°), la del palacio de Júpiter (canto 9°) y otras semejantes.

Los defectos principales de dicho poema, ademas de esa prolijidad enfadosa, que no poco le daña, son la pedantería y el mal gusto de que adolece, á pesar de aparecer compuesto á principios del siglo decimoséptimo, cual si fuese anuncio de que aquellos vicios iban á perder á nuestros mejores ingenios; in-

curriendo frecuentemente, por el extremo opuesto, en trivialidad y bajeza, como si un asunto, por leve que sea (y mucho menos cuando se supone que es muy importante) pudiese autorizar el uso de frases y palabras innobles, muchas veces hasta desaseadas y groseras.

El autor quiso tambien hacer uso de la *máquina*, y conducir á sus lectores (como lo hizo Homero) desde la tierra al cielo y al abismo; asi en el canto 8° representa una junta infernal, para que salgan las Furias á sembrar la discordia; cayendo Villaviciosa en el absurdo, comun á otros épicos, de mezclar á Pluton, Vulcano, Minos y varios personages de la mitología, con Satanas, Luzbel y otros diablos. Para formar oposicion con el cuadro anterior, representa el poeta en el canto siguiente un consejo de dioses, inquietos con la guerra encendida, y que escuchan de boca del mensagero Mercurio la animada descripcion de una batalla.

En la pintura de caractéres se mostró muy ingenioso Villaviciosa; y admira ver como pintó á sus pequeñísimos personages, no solo con su forma exterior, describiendo hasta la pieza mas diminuta de su armadura, sino dando á conocer su índole y carácter. Sanguileon, rey de las moscas, aparece valiente en el combate, pero débil en el gobierno; Granestor, rey de las hormigas, prudente y esforzado; el rey de las arañas, Mosquifuro, astuto y cauteloso; Sicaboron, general de las moscas, impetuoso, invencible; pero perdiéndose por su temeridad.

Para dar á conocer el prodigioso talento de Villaviciosa, presentaré algunas muestras de diferentes clases, escogiéndolas entre las muchas que ofrece el

poema; su principio solo bastaria para probar el poeta castellano tenia aliento bastante para trompa épica:

Las provocadas furias del infierno
Sembrando rabia y ponzoñosa espuma,
El odio horrible y el rencor interno,
El sumo estrago y mortandad sin suma,
Las agotadas aguas del Averno
Por soldados alados y sin pluma,
Los fieros encontrados reinos canto
Que el imperio poblaron del espanto.
Mas no hay estrago ni furor sangriento
Que al que prometo tenga semejante,
Que es comparar el átomo del viento
Al alto Olimpo y encumbrado Atlante:
Entonces del sagrado firmamento
La máquina de estrellas rutilante,
Por no ver en la tierra tantos males,
Escondieron sus luces celestiales.
Cuatro cometas sus disformes colas
Por el aire mostraron encendidas,
Que eran bastantes para dar luz solas
A las partes del mundo divididas:
Quiso el viento esconderse entre las olas,
Que fueron de su furia combatidas,
Y el mar que brama y con furor se enoja
Con ímpetu soberbio las arroja.

(CANTO I.)

Cuando en vez de grandeza y osadía, quiere trar Villaviciosa delicadeza y gracia, las emplea arte: ¿quién pudiera pintar mejor que él los tie amores de una mosca?

Ningun amante con igual destreza
En servir á su dama se señala:

¡Con cuánta gallardía y gentileza
Alegres vueltas hace por su sala!
¡Con cuánto desenfado y sutileza
Le muestra el tornasol de una y otra ala!
¡Qué galan y cortes la dama toca,
Su amor le dice y bésala en la boca!

(CANTO II.)

ſientras amenazaba la guerra mas cruel, la corte rey mosca estaba solazándose con un magnífico neo, en que se habia prometido la mano de la in-ta por premio al vencedor; pero en medio de las tas llega una mosca herida, dando noticia de las ıtilidades comenzadas; y nos parece verla con estros ojos llegar, decir su embajada, y morir:

Por entre espesas puntas de alabardas
Entró una mosca como rayo fiero,
Sin que pudiese alguna de las guardas
Su paso detener con el acero:
Mueve las alas con el ansia tardas,
Y mira entre uno y otro caballero,
Y en conociendo al rey, el vuelo afloja,
Las alas junta y á sus pies se arroja:
«El rey que rige la canalla hormiga
Con todo su poder y naturales
Anda en tu daño haciendo bando y liga
Con todos tus contrarios capitales:
Este es el fiero azote que castiga
El singular valor de tus leales;
El enemigo por tus tierras baja;
Guarda tus reinos y su orgullo ataja.»
Dijo: y al punto el varonil soldado
Mostró la cara pálida y difunta,
Y las alas del uno y otro lado
Con el ansia postrera ciñe y junta:

Todos los miembros del varon alado
Se tienden en presencia de la junta;
Y estirando la una y otra zanca,
El alma noble de su cuerpo arranca.

(CANTO II.)

Una armada tan formidable como la que co luego todas las especies de moscas que hay mundo, necesitaba ser pintada con fuertes colo

Con setecientas máquinas disformes
Rompe las ondas la vistosa armada,
Que lleva con los ánimos conformes
El bravo orgullo de la gente alada:
Infinitas catervas multiformes
Sulcan en ella la region salada;
Admirando las ninfas que los miran,
Y medrosas de verlos se retiran.
Pasa la turba indómita contenta,
Y el grito del placer al cielo toca;
Y el viento alegre el pecho les alienta
Que á la dura venganza les provoca:
No temen del camino la tormenta,
Escollo ó calma ó peligrosa roca;
Que con gritos de gozo el aire hienden,
Y el mar hinchado con el remo ofenden.

(CANTO IV.)

Los vientos van á dispersar esta soberbia es dra; y al describir el poeta la cueva en que estan cerrados, presenta algunas estrofas de mucho rito:

No produce esta parte algun viviente
Ni yerba verde su distrito seco;
Que solo vive alli la presa gente
Y de las voces y el aullido el eco:
Es de la fiera cárcel presidente,

Que rige el antro tenebroso y hueco,
Éolo, que manda en el oscuro espacio
Y tiene en él su cóncavo palacio.
Alli del Austro enfermo la figura
Pálida y amarilla se detiene,
Que cargado de peste y desventura
Sale á la tierra cuando á verla viene:
Cuando este sale de la gruta oscura
Y con veloces alas se previene,
Visita con el ímpetu primero
La habitacion horrenda de Cerbero.
Alli el Céfiro manso, que restaura
El ánimo perdido al marinero,
Tiene presas las alas con que el aura
Esparce por las ondas placentero;
Alli se oprime la violencia Caura,
Y tiene preso su volar ligero
Fabonio, que con Céfiro abrazado,
Ocupan solos de la cueva un lado.

(CANTO V.)

Habla Éolo, y permite á los vientos que salgan; lo con esta prevencion:

« Quédese en casa Céfiro, que es tierno,
Y temo si se mezcla en vuestra furia,
Si no os refrena y rige mi gobierno,
Que su niñez padezca alguna injuria: »
Dijo, y abrió: y cual suele del infierno
Salir rabiando serpentina Furia,
Por cuatro partes de la horrenda boca
Salió bramando la progenie loca.

Sueltos los vientos, nada mas natural que el recio poral que sufren las naves:

Ya de la armada los soberbios cuernos
Cercanos van á ver los de la luna;

Y del mar en los cóncavos internos
Luego los precipita su fortuna:
Ya estan las naves faltas de gobiernos,
Y el fondo dellas es una laguna,
Del agua dulce de la negra nube
Y la del mar que por el borde sube.

(CANTO V.)

Logra el general mosca salvarse del naufrag
y le aqueja la hambre, retratada al vivo en
octava:

Eran todos los miembros carcomidos,
Marchitos, tristes, sin color y yertos,
De la pobreza y desnudéz vestidos,
En ansia vivos, en aspecto muertos:
En dos cavernas cóncavas metidos
Los ojos, y los huesos descubiertos,
Las cuerdas encogidas, y las venas
Vacías de sangre y de flaqueza llenas.

Afortunadamente halla el general á cuatro pu
enemigas, preparando un rancho; y el combate
con ellas traba está pintado con tanta viveza, que
ta para dar á conocer el mérito del poeta en ese
nero de descripciones:

Todo soldado con furor se adarga,
Y con furor colérico acomete;
Pero el rey con su espada los alarga,
Cuando por ellos sin temor se mete:
Sobre la gente mísera descarga
Golpes, sin que resista capacete,
Y los cuatro con saltos se le acercan,
Y por las cuatro partes al rey cercan.

A la serpiente víbora semeja
Entre fieros leones africanos,
Que por picarlos y escapar forceja

De entre las grifas de sus pies y manos;
Al jarameño toro, á cuya oreja
Acuden á cebarse los alanos;
Al javalí cerdoso que en los cerros
Matando se defiende de los perros.

(CANTO VI.)

En la relacion de combates y reencuentros es en que mas sobresale Villaviciosa: los pinta con to fuego y valentía, que el entusiasmo del poeta comunica insensiblemente á los lectores, y olvido que se trata de moscas y de hormigas, acaban tomar tan vivo interes como si se tratase de Grie- y Troyanos. El canto undécimo ofrece la descrip- de una batalla:

Ya acelerados los caballos pisan,
Y la vista del cielo el polvo niega,
Y ya en los altos y profundos centros
Retumban los intrépidos encuentros.
Resuena el grito en el altivo polo
Que tanta gente desde el suelo envia,
Túrbase entonces la region de Eolo
Con tan súbita y grande vocería;
Entre nubes de polvo el claro Apolo
Metió la cara oscureciendo el dia,
Y al son de las trompetas y atambores
La tierra se espantó con mil temblores.
Parten á darse los primeros botes
De las lanzas los fuertes caballeros,
Cercanos ya por los ligeros trotes
De sus bravos caballos y ligeros:
Llegan diciéndose injuriosos motes,
Y para herirse los caudillos fieros
En los estribos con furor se plantan,
Y airados en las sillas se levantan.
Mézclanse con los unos los contrarios,

Y todos juntos con furor se pegan
Golpes tan sin piedad y temerarios,
Que los ecos sin duda al cielo llegan:
Los unos y otros con lamentos varios
De los adversos ímpetus reniegan,
Y al cielo vuela y desde el suelo sube
De las quebradas lanzas una nube.

El combate fue tan largo y reñido, que faltaro fuerzas antes que el valor:

Ya los caballos el rigor no sienten
De la dorada espuela ó acicate,
Y solo sirven de que allí revienten
Cuando el hijar cansado se les bate:
Ya los fieros soldados no consienten
Que dure mas el bélico combate,
Cuando no sufre el cuerpo la acerada
Malla, ni el brazo la sangrienta espada.

El cansancio de los soldados está vivament presentado con esta comparacion:

Como los galgos que la lengua estiran
Y con la fuerza del cansancio anhelan,
Que aunque la liebre por los campos miran,
No la persiguen ni tras ella vuelan:
Entre la sombra y matas se retiran,
Y aunque en los vientos nuevo rastro huelan,
La fatiga sus miembros embaraza
Sin que se atrevan á seguir la caza.

Mas á pesar del cansancio de ambos ejército lo la noche interrumpió el combate, que tuvo no al siguiente dia; y mientras mas se aprox desenlace, mayor fuego descubre el poeta, tiene el raro talento de presentar con grande las cosas mas pequeñas: el ejército hormiga se

rado á un castillo, que era una cabeza de vaca
ndida con telas de araña; los fugitivos quieren
ar el puente, para guarecerse en la fortaleza; pero
as los viene acosando el impetuoso adalid ene-
o:

Una soberbia trabe de centeno
Hace el oficio de anchurosa puente,
Por donde sin temor del hondo seno
Pase al castillo la atrevida gente:
Iba el camino de catervas lleno,
Y tras ellas el Tártaro impaciente,
Haciéndolas á todas ser forzoso
Pasar el puente ó descender al foso.

Encerrado en aquella fortaleza el furioso moscon,
éndese solo contra tantos enemigos: intímanle
e se rinda, y contesta él con osadía:

« No temo vuestros fieros, gente bruta,
Que no tengo temor ni me acobardo;
(Responde á todos el señor de Butta)
Que solo vuestros ímpetus aguardo: »
Y contra la caterva vil y astuta
Revolviéndose el Tártaro gallardo,
Dando á sus vidas miserables fines,
Al javalí parece entre mastines.

Arrímase á un rincon para defenderse, muéstrase
moribundo, y aun infunde temor:

Cien heridas el Tártaro tenia,
Todas mortales, y por cada una
Un arroyo de sangre le corria,
Que hicieron á sus pies una laguna:
Y aunque por tantas partes le salia
El alma noble, no hubo hormiga alguna
Que á ponérsele junto se atreviese,
Sin que su muerte mas cercana viese.

La astucia consiguió al fin lo que no alcanzara el esfuerzo: cien hormigas varones emplean una máquina formidable, colocan sobre el muro un grano de haba, y dejándole caer sobre la cabeza del héroe,

De vida al miserable le despoja:
Y este fue el espectáculo y suceso
Del odio horrible y el rencor interno
Que provocó las Furias del infierno.

(*Conclusion del Poema.*)